



El filósofo Vincenzi -quien ha tenido que luchar con la conjura del silencio para abrirse campo en las lides del pensamiento y obtener magnífico lugar entre los escritores del continente después de publicada su novela fantástica Atlante y su narración picaresca La Rosalía, ha querido probar el filo de sus palabras en un novela en la que ahonda la realidad presente.

Según él, no es propiamente una novela. Tampoco un ensayo filosófico. Mucho menos un estudio de psicología. Si bien tiene los caracteres fundamentales de los tres géneros, Vincenzi, como el mismo Pierre de Monval, protagonista de la novela, está convencido de que en el torrente de la vida, tan variado, tan nuevo todos los días, imposible es hacer separación alguna. Una y otras aguas se confunden, se intercambian, se mezclan sin que sea posible determinar de cuál fuente escondida procede cada una de ellas.

Como el mismo Monval, Vincenzi -a pesar de ser filósofo, o tal vez, precisamente por serio y profundo- es, en sus novelas, amiga del gran desorden que rige en la naturaleza humana. Utiliza las ineludibles contradicciones que luchan en el fondo de cada una de las almas, así en las serenas como en las atribuladas. De acuerdo con esa psicología, da a su estilo una flexibilidad que se adapta a todas las orientaciones del arte, a todos los matices de la filosofía.

No es, no puede ser un escritor estilizado, uno, invariable. Por eso, lo vemos jugar con la fantasía en Atlante. Hacer de pícaro con los más redomados pícaros en La Rosalía. Ahora, se transforma en árbitro de la elegancia, visible e invisible, en paradójico analista de esos espíritus complejos que pululan en estas y en aquellas sociedades.

Como está convencido de que ni siquiera el dolor es siempre idéntico a sí mismo, no puede, en sus tareas literarias, repetirse. Como el sol: cada día es nuevo.

No sorprenden los idilios de Monval con Giselle, la que ha hecho entrega de sí misma antes de la posesión real. Ni con la desconocida, orgullosa de ser la amada de un grande hombre, aunque para amarse escogieran las apartadas orillas de un riachuelo, silencioso como las escenas apasionadas de las que es testigo involuntario. Tampoco sorprende el prolongado idilio con Ivone Rodiet, la virgen que no inspira deseos salvajes, la que, al dar el alma en un beso, inspira, impone respeto profundo.

Pareciera, toda la obra, una autobiografía sincera. Se aprecia el espíritu inquietante del protagonista que es, en el fondo, un romántico perfecto. Hay cabrilleos románticos en las conversaciones que Monval sostiene con Ivonne. Hay, en su alma, mucho de las aguas oscuras de los canales soñolientos, de las olas ahogadas, de la negrura de las góndolas venecianas.

Es amigo de sembrar, en el espíritu de la amada inquietudes inesperadas, anhelos sin realización, dudas, suspiros, lágrimas. ¿No es eso, por ventura, romanticismo?

Además, no ha podido amar con locura. No sabe lo que es demencia en cuestiones de amor. La locura la reserva para la erótica; es decir, para las prácticas de lo que le llaman amor, sin serlo.

Como buen romántico, busca la manera de despertar celos sin motivo, con la intención única de inquietar, con el objeto de avivar la llama de un amor. El de Ivonne, que, dicho sea de paso, no lo necesita.

Alrededor de esa pareja simpática, un conjunto de personajes que aparecen con vida propia, tal es la perfección obtenida por Vincenzi al describirlos.

¿Quién no reconoce, en la vida real, a Jacques, a Bernardin, a Paul, a Marcel, a Armand, a Lazulette, al profesor Simón, al Monaguillo, a Jules, al Mimético?

Porque la novela es de clave. A cada persona de la narración corresponde un tipo en la realidad.

¿Cómo es Ivonne Rodiet? A ella he de referirme al analizar la segunda parte de este interesante conjunto de caracteres humanos. Continuación que lleva, precisamente, el nombre de esta mujer de color de marfil, de elegancia sin igual, bella hasta lo indecible, despojada de ademanes innecesarios, de un equilibrio espiritual absoluto.

¡No de otra manera describe, a su amada, un espíritu de íntima cepa romántica!